

Tercer domingo de Cuaresma B2024

Cuando comenzamos la temporada de Cuaresma hace dos semanas, dije que estábamos entrando en un período de batalla contra el mal. El domingo pasado expliqué también que la Cuaresma es un tiempo de elección radical a favor de Dios, como lo vimos en la disposición de Abraham a sacrificar a Isaac. Hoy quiero decir que la Cuaresma es igualmente un tiempo de verdadera adoración Dios.

Para orientar al pueblo de Israel en su adoración y culto, Dios les dio la Ley. Al hacerlo, Dios quería consolidar su relación con ellos. Es la misma ley que nos forma como pueblo de Dios hoy.

Desde el principio, debemos saber que los Mandamientos no son una limitación de nuestra libertad. Son como señales de tráfico que indican a las personas la dirección correcta a seguir para llegar, sin dificultades, a donde se dirigen. Quien siga los mandamientos de Dios quedará libre de pasiones y egoísmos; no desperdiciará su vida y la de sus semejantes; verdaderamente se convertirá en una persona libre y feliz.

Todos los Diez Mandamientos se pueden resumir en la Ley del amor. Sin embargo, el Amor es más exigente que cualquier otra ley. Por ejemplo, ninguno de los mandamientos me obliga a amar a mi enemigo, a perdonar incondicionalmente, a compartir generosamente mis bienes con los necesitados, a dar mi vida por los demás, etc. La ley del amor me obliga a una atención constante hacia los demás sobre lo que puedo hacer por ellos.

Como en el caso del matrimonio, la ley se da como garantía de nuestra relación con Dios. Establece obligaciones y deberes hacia Dios y nuestros semejantes. No respetar la ley es descuidar nuestra relación con Dios y dejar que nuestra vida se convierta en un caos. La ley debe cumplirse en el espíritu de la alianza con Dios y no según los intereses humanos.

Para el pueblo de Israel, era en el templo donde se vivía y se hacía visible esta relación con Dios. En este contexto, el templo jugó un papel importante como lugar de encuentro con Dios, su morada y lugar sagrado por excelencia. Fue allí donde se guardó cuidadosamente el Arca de la Alianza.

Para regular el culto y el sacrificio en el templo, el libro de Levítico (Cap. 5-6) daba reglas y estipulaciones que debían observarse. Esto explica la presencia en el templo de bueyes, ovejas y palomas para el sacrificio, así como la asistencia de comerciantes y cambistas.

Toda esta actividad en el templo era legal. Pero imagínese un tráfico abarrotado y comercial como el que tenemos en los mercadillos durante la temporada navideña. ¿Cómo podría ser la atmósfera en el templo? Ciertamente, algunos vendrían a adorar, pero otros estarían interesados sólo en sus beneficios comerciales. Es en este contexto que debemos situar la reacción de nuestro Señor.

Nuestro Señor expulsó a los cambistas con sus animales y volcó sus mesas. Para Jesús, los que entraban al templo adoraban sin reverencia del lugar sagrado y la morada de Dios. La adoración sin reverencia es una adoración formalista, que se hace sólo para obedecer la ley, pero con el corazón alejado de Dios.

Nuestro Señor actuó como lo hizo para enseñarnos que cualquier adoración a Dios que se haga sólo para obedecer la ley sin una verdadera conversión del corazón es irrelevante. Cualquier sacrificio que hagamos en la Iglesia debe ser una expresión de lo que hay dentro de nuestro corazón. Después de todo, un verdadero sacrificio a Dios es nosotros mismos. Por eso el verdadero culto a Dios se hace en espíritu y en verdad, y no de manera formal y externa. A Dios no le interesa la exhibición hipócrita, sino la sincera contrición del corazón y la conversión.

Al expulsar a los cambistas y vendedores del templo, nuestro Señor nos recuerda que nuestra relación con Dios no es una cuestión de comercio. Cada vez que olvidamos esta certeza, degradamos la religión usándola para intereses económicos. Esta es una tentación permanente de todos los tiempos. La historia de la iglesia está llena de pecados de este tipo. No podemos escuchar el Evangelio de Jesús sin pedir perdón por lo que se hizo en el pasado y aún hoy como mal uso de la religión para intereses personales, ideológicos o económicos.

Al expulsar del templo a los cambistas e interrumpir sus actividades, nuestro Señor quiso purificar el templo para que adquiriera su significado original como casa de oración, sanación y bendición. La casa de Dios, en verdad, es ante todo una casa de oración y reverencia. Este punto particular nos interpela profundamente sobre nuestra actitud en la Iglesia antes, durante y después de la Santa Misa.

Permítanme terminar con el reclamo de la destrucción del templo. Nuestro Señor dice: "Destruyan este templo y en tres días lo reconstruiré". Una casa no tiene sólo un significado físico como edificio; también puede tener un significado simbólico o espiritual. A veces decimos de alguien que apenas se abre a los demás que está encerrado en sí mismo. En este caso, una persona puede ser como una casa cerrada.

Al querer destruir el templo y restaurarlo de nuevo, nuestro Señor está desplazando el corazón de adoración. El nuevo templo no son nuestras iglesias ni nuestras capillas de piedra. Nosotros mismos debemos convertirnos en templo de Dios. Tenemos que aceptar ser convertidos en piedras vivas del nuevo templo que nuestro Señor quiere reconstruir de nuevo.

En este tiempo de Cuaresma, estamos llamados a convertirnos nosotros mismos en templos de Dios. Tenemos que obedecer los mandamientos de Dios, pero siempre para la gloria de Dios y nunca para nuestra propia satisfacción o por la necesidad de ser vistos. Debemos adorar Dios en el espíritu e en verdad. ¡Que Dios nos bendiga a cada uno de nosotros mientras caminamos hacia la celebración de nuestra redención!

Éxodo 20: 1-17; 1 Corintios 1: 22-25; Juan 2: 3-25



Fecha de la Homilía: el 03 de Marzo 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240303homilia.pdf